

Firma del convenio Generalitat-universidades para víctimas de violencia de género

Palau de la Generalitat, Barcelona

Honorables consejeras,
presidenta del Instituto Catalán de las Mujeres,
secretarias y secretarios generales,
secretario de Universidades,
rectoras y rectores,

A finales del siglo pasado, la violencia de género empezaba a romper la campana de cristal donde había sido recluida.

Fue por aquellas fechas cuando Miguel Lorente, médico forense, tras haber atendido a miles de víctimas, publicó un libro de título espeluznante.

Título que respondía a la frase que, según su propia experiencia profesional, más repetían las mujeres víctimas de violencia de género: Mi marido me pega lo normal¹.

Esta respuesta ilustra a la perfección cuán integrada, socializada y normalizada estaba (está) históricamente la violencia contra las mujeres.

Y digo «estaba» porque es innegable que hemos avanzado, como lo evidencia el convenio que hoy firmamos entre la Generalitat y las universidades catalanas.

Pero digo también «está» porque todavía hay quien habla de ella, pero no actúa; quien la condena, pero no va más allá.

Lo expresaba con su contundencia habitual la activista vasca Irantzu Varela: «Sigue sonando ese discurso tan anestésico de la “lacra” de la violencia machista.

¹ Miguel Lorente, *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*, Barcelona. La primera edición la publicó Crítica en 2000. Ha sido reeditado recientemente en versión bolsillo por Booket.

Como si fuera una plaga que viniera de no se sabe dónde, que nadie puede explicar y que nadie sabe cómo combatir»².

De ahí la necesidad de evolucionar, de asumir la gravedad del problema, de impulsar políticas públicas valientes, de concienciar a la sociedad, de mirar fijamente al abismo.

Cualquiera que se haya asomado a un riscal ha sufrido aquel doble vértigo en la boca del estómago, mezcla de fascinación y miedo.



«Cuando nos asomamos al abismo de la violencia de género también tenemos esta mezcla de sentimientos: el de la satisfacción por ir sumando medidas en el buen camino, como la de hoy, y el de la insatisfacción porque todavía no hacemos lo suficiente, porque todavía hay que hacer más»

Cuando nos asomamos al abismo de la violencia de género también tenemos esta mezcla de sentimientos: el de la satisfacción por ir sumando medidas en el buen camino, como la de hoy, y el de la insatisfacción porque todavía no hacemos lo suficiente, porque todavía hay que hacer más.

Salvar este abismo debería ser una obligación de todo el mundo.

Y no valen excusas; ni las personales, ni las colectivas, ni las del gobierno, ni las de las universidades. Nosotros también tenemos que asumir nuestra parte de responsabilidad.

Porque cuando hablamos de nuestro papel transformador, también deberíamos hablar de combatir este abismo mediante el ejemplo de nuestro comportamiento diario, mediante nuestra responsabilidad en la formación de las futuras generaciones.

Esta semana, la periodista Lucía Méndez titulaba su columna «Vamos a hablar claro» y cargaba, con toda la razón, sobre quienes parecen añorar los tiempos de «mi marido me pega lo normal» o «la maté porque era mía».

Dice Lucía Méndez: «No existe ideología de género. [...] Hablamos de garantizar los derechos humanos, no de discusiones frikis en las redes sobre el feminismo y la

² Irantzu Varela, "Por qué nos matan y no pasa nada", en *Vice.com*, 2 de octubre de 2018

costilla de Adán³».

Como queriéndole dar la razón, entre los diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible, la ONU ha incluido, como puntos 4 y 5, la «educación de calidad» y la «igualdad de género».

Porque son elementos esenciales, porque difícilmente podremos alcanzar el horizonte fijado por la Agenda 2030 sin «garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad y promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida para todo el mundo».

Porque nosotros somos generadores, nodos y difusores de conocimiento.

Porque en nosotros recae, como decía antes, la formación de las generaciones de mañana, pero más importante todavía, la formación de quienes formarán.

El futuro del país empieza en las aulas, presenciales y virtuales, de nuestras doce universidades.

Y he mencionado dos de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, pero hubiera podido citarlos todos. Porque todos ellos nos interpelan como universidades y nos interpelan como sistema universitario catalán.

No es una cuestión de público o privado, sino de futuro, de ciudadanía, de conocimiento, de actuar realmente como agentes sociales transformadores.

Como ya supo ver hace tres años desde GUNI el secretario de Universidades e Investigación, el Dr. Xavier Grau, tenemos como sistema una gran oportunidad ante nosotros.

Siempre y cuando seamos capaces de asumir la Agenda 2030 para regirnos en docencia, en investigación y en transferencia, espoleándonos a invertir el famoso lema para «pensar localmente y actuar globalmente».

Integrarlo como universidades, integrarlo como sistema e integrarlo desde la Administración.

A pesar del ruido interesado de algunos, nos movemos en el sentido correcto.

³ Lucía Méndez, «Vamos a hablar claro», *El Mundo*, 5 de enero de 2019, <https://www.elmundo.es/opinion/2019/01/05/5c2fa4ecfc6c83f7328b461c.html>.

Con todo, y siguiendo la consigna de hablar en plata, no nos equivocamos: todas estas medidas son también la constatación de un fracaso o, si queremos positivizarlo, son la evidencia de que debemos persistir para erradicar la violencia de género.

Y, no lo duden, persistiremos.

Muchas gracias.